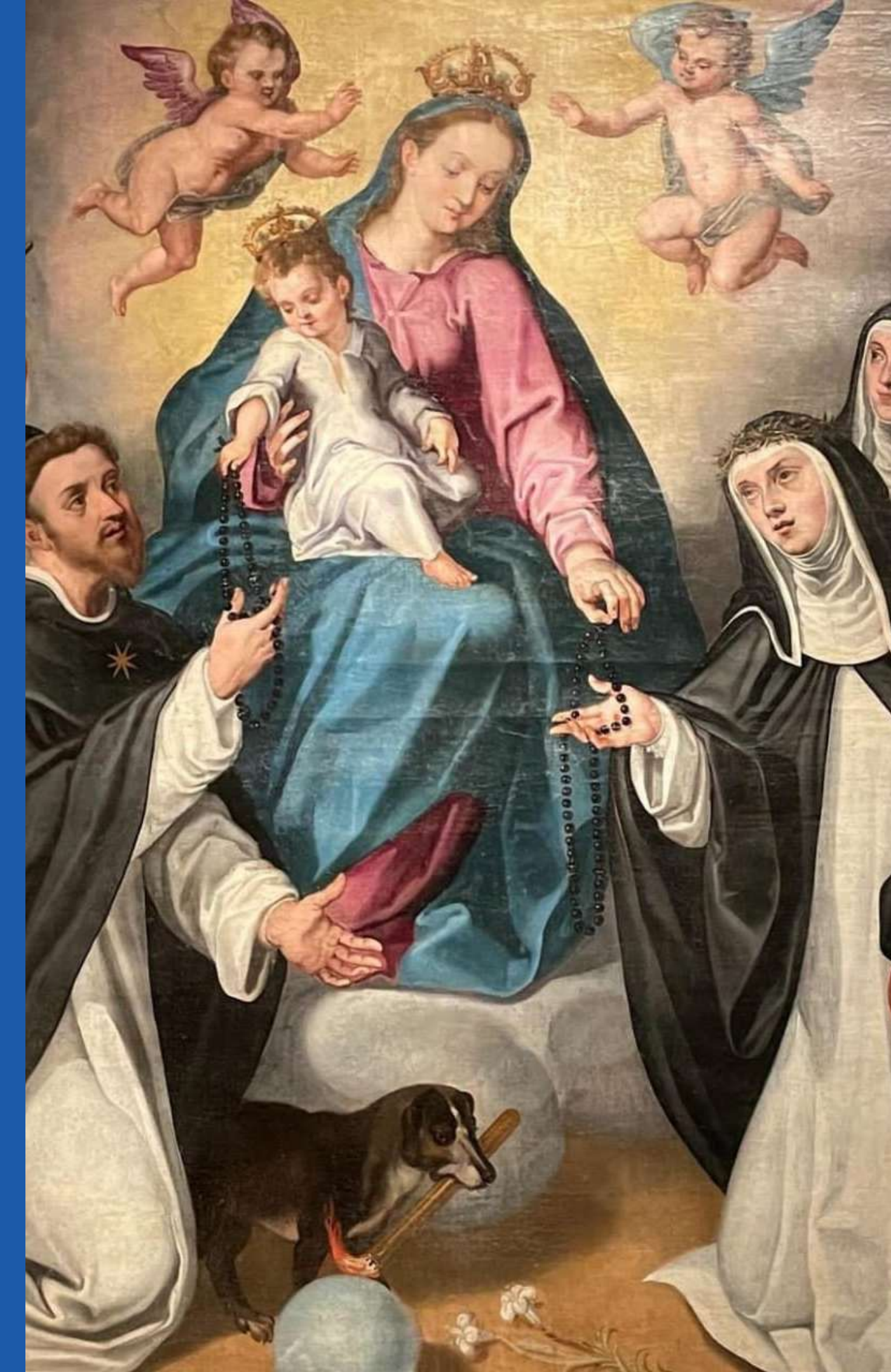

ROSARIUM VIRGINIS MARIAE - II. CONTEMPLAR CON MARÍA.

*Fr. Iván Fernando
Mejía O.P.*





La escena evangélica de la transfiguración de Cristo, en la que los tres apóstoles Pedro, Santiago y Juan aparecen como extasiados por la belleza del Redentor, puede ser considerada como icono de la contemplación cristiana.

Fijar los ojos en el rostro de Cristo, descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado a la derecha del Padre, es la tarea de todos los discípulos de Cristo; por lo tanto, es también la nuestra.

Contemplando este rostro nos disponemos a acoger el misterio de la vida trinitaria, para experimentar de nuevo el amor del Padre y gozar la alegría del Espíritu Santo.

La contemplación de Cristo tiene en María su modelo inseparable. El rostro del Hijo le pertenece de un modo especial.

Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún.

Nadie se ha dedicado con la asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo; en los meses sucesivos empieza a sentir su presencia y a imaginar sus rasgos.



Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él.



María vive mirando a Cristo y tiene en cuenta cada una de sus palabras: “guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.

Los recuerdos de Jesús, impresos en su alma, la han acompañado en todo momento, llevándola a recorrer con el pensamiento los distintos episodios de su vida junto al Hijo.



HAN SIDO AQUELLOS RECUERDOS LOS QUE HAN CONSTITUIDO, EN CIERTO SENTIDO, EL ROSARIO QUE ELLA HA RECITADO CONSTANTEMENTE EN LOS DÍAS DE SU VIDA TERRENAL.

Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María.

El Rosario, precisamente a partir de la experiencia de María, es una oración marcadamente contemplativa.



Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso, que favorece en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza.



La Biblia es narración de acontecimientos salvíficos, que tienen su culmen en el propio Cristo.

Estos acontecimientos no son solamente un ayer; son también el hoy de la salvación.



El cristiano, llamado a orar en común, debe no obstante, entrar también en su interior para orar al Padre, que ve en lo escondido (Mt 6,6); más aún: según enseña el Apóstol, debe orar sin interrupción (1 Ts 5,17).

El Rosario, con su carácter específico, pertenece a este variado panorama de la oración incesante.

Cristo es el Maestro por excelencia, el revelador y la revelación. No se trata sólo de comprender las cosas que Él ha enseñado, sino de comprenderle a Él.



El primero de los signos llevado a cabo por Jesús-la transformación del agua en vino en las bodas de Caná- nos muestra a María precisamente como maestra.

Y podemos imaginar que ha desempeñado esta función con los discípulos después de la Ascensión de Jesús, cuando se quedó con ellos esperando el Espíritu Santo y los confortó en la primera misión.

Recorrer con María las escenas del Rosario es como ir a la escuela de María para leer a Cristo, para penetrar sus secretos, para entender su mensaje.

La espiritualidad cristiana tiene como característica el deber del discípulo de configurarse cada vez más plenamente con su Maestro (Rm 8,29; Flp 3,10.21).

El recorrido espiritual del Rosario, basado en la contemplación incesante del rostro de Cristo-en compañía de María-este exigente ideal de configuración con Él se consigue a través de una asiduidad que pudiéramos decir amistosa.

Además, mediante este proceso de configuración con Cristo, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa.



El Rosario nos transporta místicamente junto a María, dedicada a seguir el crecimiento humano de Cristo en la casa de Nazaret.

Eso le permite educarnos y modelarnos con la misma diligencia, hasta que Cristo sea formado plenamente en nosotros (Ga 4,19).

En las bodas de Caná, el Evangelio muestra precisamente la eficacia de la intercesión de María, que se hace portavoz ante Jesús de las necesidades humanas.





EL ROSARIO ES A LA VEZ MEDITACIÓN Y SÚPLICA. LA PLEGARIA INSISTENTE A LA MADRE DE DIOS SE APOYA EN LA CONFIANZA DE QUE SU MATERNA INTERCESIÓN LO PUEDE TODO ANTE EL CORAZÓN DEL HIJO.

En el Rosario, mientras suplicamos a María, templo del Espíritu Santo (Lc 1,35), Ella intercede por nosotros ante el Padre que la ha llenado de gracia y ante el Hijo nacido de su seno, rogando con nosotros y por nosotros.



El Rosario es también un itinerario de anuncio y de profundización, en el que el misterio de Cristo es presentado continuamente en los diversos aspectos de la experiencia cristiana.



Es una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el corazón de Cristo.



El Rosario conserva toda su fuerza y sigue siendo un recurso importante en el bagaje pastoral de todo buen evangelizador.

— MUCHAS GRACIAS —

Fuente: Juan Pablo II (2002). Carta Apostólica.
ROSARIUM VIRGINIS MARIAE.